



3 de julio de 1881¹

**El fruto de la devoción a la Preciosa Sangre
debe ser la pureza de corazón y el odio al pecado.**

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Celebramos la fiesta de la Preciosa Sangre en un momento en que una espina manchada con esta preciosa sangre ha sido expuesta a nuestra veneración². Sabemos que todos estos dolores, todo este derramamiento de sangre, todas estas angustias, por las que pasó Nuestro Señor en su Pasión, son el precio de nuestras almas. Así las valoró nuestro Señor. Lo que quisiera decirnos hoy es que tratéis de aumentar el valor de vuestras almas.

Parece inútil decir esto a las religiosas; parece que deberían cuidar constantemente de mantener sus almas puras y blancas, de embellecerlas, de adornarlas con todas las virtudes. Sin embargo, podemos aflojar, y por eso, como fundamento de la vida perfecta, debemos ante todo aborrecer la menor mancha. Santa Teresa insistía mucho en esto. Decía que no estimaría mucho la virtud de un alma que aceptase siquiera una imperfección voluntaria. El horror al pecado en uno mismo y en los demás forma la nobleza del carácter moral. El pecado debe ser, por tanto, el monstruo del que tenemos un horror absoluto.

Esto no nos impide amar al pecador. Hay dos cosas en el pecador, dice San Agustín: está la criatura que Dios hizo, y que debemos amar, como Dios la ama, luego está la deformidad del pecado que debemos odiar como Dios odia el pecado. Y -continúa san Agustín- si el pecador vuelve a Dios mediante la contrición y la confesión, deja de ser pecador y vuelve a ser la criatura amada por Dios. Este doble sentimiento debe estar presente en nuestras almas, y al tener compasión y caridad por el pecador, el pecado debe convertirse para nosotras en el espectro más horrendo y horroroso.

Es posible que muchas de vosotras os digáis interiormente: «Yo me encuentro ciertamente en esta tesitura». No siempre lo estamos tanto como creemos, hermanas mías. Como alguien que está en contacto con las almas, puedo ver que a menudo nos sentimos así a grandes rasgos. En las cosas en las que no sólo existe la visión de la ofensa de Dios, sino también la visión humana, la visión de las criaturas, no hay aborrecimiento de todo lo que es contaminante. Extiende esto no sólo a los pecados mortales, sino también a los veniales. Es aquí sobre todo donde debemos establecer esta disposición en nosotras mismas.

¹ Fiesta de la Preciosa Sangre

² La República de Venecia había recibido de San Luis cinco espinas de la Santa Corona. En la última peregrinación nacional, el Patriarca desprendió una de estas espinas y se la entregó al Padre Picard. Como la capilla de los Padres está precintada, tenemos la suerte de tener en depósito esta insigne reliquia y de poder venerarla. (Nota de la edición de los Capítulos de 1898).

Cuando actuamos, cuando nos esmeramos, debe ser sobre todo para evitar la menor ofensa a Dios, para evitar el menor pecado. Deberíamos adoptar el sentimiento de San Ignacio, que dijo: «Si al presente se me ofreciese por una parte la bienaventuranza infinita, y por otra tuviera que estar incierto de mi salvación permaneciendo en el mundo, pero al precio de evitar una sola falta grave contra la Divina Majestad, preferiría permanecer en la tierra en esta triste condición antes que ofender jamás a mi Dios».

He aquí un alma profundamente imbuida del horror al pecado, para quien el amor a la pureza y el servicio a Dios y a las almas eran algo tan grande que, por esta razón, prefería no sólo no gozar inmediatamente de la dicha infinita, sino permanecer en la incertidumbre de disfrutarla alguna vez.

Notad, sin embargo, que esta incertidumbre no existía para San Ignacio, como tampoco existía para San Francisco de Sales, cuando decía: «Si estoy destinado por toda la eternidad, oh Dios mío, a no amarte, al menos haz que te ame aquí abajo lo más posible».

Estas almas estaban ciertamente en el camino de la salvación. Tenían un amor perfecto a Dios. Por su celo y servicio a Dios, por la perfecta sumisión de la criatura al Creador, por su horror al pecado, tenían todos los sentimientos de Dios en su interior. Con los sentimientos de Dios en ellas, estaban seguras de preferir a Dios sobre todas las cosas y de amarlo hasta el punto de despreciarse a sí mismas. Estas eran las disposiciones de los santos. Pero nosotras, hermanas mías, que no somos santas, debemos tener al menos horror a todo pecado. Digo todo pecado. Hay algunos por los que naturalmente sentimos más horror, porque son más viles y más bajos. Así, todo el mundo aborrece el robo y la mentira; pero ¿tenemos el mismo aborrecimiento de estar en connivencia³ en alguna medida con una sutil tentación del demonio, que debilita en nosotras la estima de nuestra vocación?

Somos religiosas, hemos hecho votos. Por eso, cuando entramos en algo que disminuye el fervor y la estima de nuestra vocación, estamos en el camino del pecado. Es lo mismo cuando vemos en una niña, aunque sea simpática, aspectos de orgullo y vanidad: ¿lo odiamos lo suficiente, tratamos de corregirla?

Podéis llevar esto muy lejos. Examinad cuál de los pecados capitales aborrecéis más, y luego deciros a vosotras mismas: "Tengo razón respecto a esos, pero ¿por qué no ocurre lo mismo con todos? ¿Por qué no siento algo dentro de mí que se revuelve de la misma manera cuando se trata de un movimiento de orgullo o de alguna otra pasión? Es porque lo miro desde el punto de vista de la criatura, y no desde el punto de vista de Dios. Dios aborrece toda mancha, y lo mismo hace nuestro Señor Jesucristo". Cuando, en la dolorosa agonía en el Huerto de los Olivos, su sangre comenzó a correr por la tierra, antes de que las criaturas la hubieran sacado de sus venas con látigos, espinas y clavos, se sintió sobrecogido por el horror de todos los pecados, por la visión de todos los pecados con los que estaba cargado, cualesquiera que fueran, los nuestros, hermanas mías, así como los de los demás.

Tal vez no hayamos cometido esos pecados que claman venganza al cielo. Pero somos pecadoras, y nuestros pecados tuvieron que ser lavados por la sangre derramada en el Huerto de Getsemaní. Allí, Jesús soportó la vergüenza, el dolor y la agonía. ¡Que él, hermanas mías, no soporte más el dolor! ¡Que cada una de nosotras, después de haber tenido la desgracia de ofenderle en el pasado, guarde su alma tan fielmente que ya no se encuentre allí ninguna mancha, ninguna tacha, ninguna de esas cosas que ofenden a Dios poco o mucho! ¡Que nada debilite en nuestras almas ese sentimiento fuerte y generoso que debe ligarnos a Jesucristo, después de habernos redimido con su sangre!

³ "Conniver": palabra empleada por madre María Eugenia

Que vivamos siempre en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la fidelidad a nuestros deberes, a nuestras reglas, a nuestros votos, a todo lo que Jesús nos pide en el orden de las virtudes de nuestro estado: pues paso ahora a las virtudes.

Una virtud es una fuerza contra un vicio. Cuando no tenemos las virtudes opuestas a los vicios, caemos un poco o mucho en estos vicios. Somos religiosas no sólo para evitar el pecado, sino para oponer a cada uno de nuestros pecados las virtudes perfectas adecuadas a nuestro estado. Todas estas virtudes provienen de la sangre de Jesucristo.

Esta sangre derramada contiene las semillas de todas las gracias, de toda generosidad, de toda santidad. Se ha dicho que cuando el ángel ofreció a Nuestro Señor el cáliz de su Pasión, cáliz que Jesús bebió con amargura y que, sin embargo, le consoló, vio pasar ante sus ojos a los hombres y mujeres santos que su sangre iba a generar.

¿Cuántas hay entre nosotras, hermanas mías, cuya imagen fue capaz, en aquella hora, de consolar a Jesucristo? ¿Cuántas de nosotras hemos generado en nuestras almas, por las virtudes de nuestro estado, ese consuelo centuplicado para Jesucristo cuando comenzó a derramar su sangre por nosotras? Debemos aumentar el número de estas personas que fueron consuelo para Jesucristo. En primer lugar, debemos proponernos rechazar todo mal, aborrecerlo, elegir la muerte antes que ofender a Dios, y luego caminar en las virtudes que nos harán santas.

He comenzado diciendo algo sobre la santa espina. Quisiera añadir esta reflexión. Habéis visto esta santa espina. La habéis venerado. ¿No habéis pensado que, al mismo tiempo que entraba tan dolorosamente en la cabeza de Nuestro Señor y le causaba tanto sufrimiento, era también la imagen de la espina que le atravesó el corazón durante toda su vida? También nosotros tenemos nuestra parte de espinas. A veces es en el corazón; a veces es en el cuerpo, y luego es la espina de nuestro Señor que viene y hiere nuestra carne.

Pues bien, hermanas mías, que el fruto de esta devoción a la santa espina sea aceptar con nobleza, con generosidad, cualquier espina que Dios quiera enviarnos. Siempre que venga, aceptémosla, soportémosla con amor a nuestro Señor, en unión con sus sufrimientos.

Yo añadiría que si queremos que nuestras cruces y espinas sean muy preciosas a los ojos de Dios, debemos acostumbrarnos a llevarlas entre Dios y nosotras. Es una gran cosa saber llevar nuestras penas como algo precioso que guardamos entre Dios y nosotras.

No quiero decir que no debáis abrir vuestro corazón a la autoridad espiritual que representan vuestro confesor y vuestras superiores. No, somos católicas, no protestantes. No tratamos directamente con Dios, como si Dios hubiera venido a hablarnos en la zarza ardiendo. Dios no nos habla así; nos habla a través de nuestro confesor, de nuestras superiores. Cuando necesitamos un consejo para la dirección de nuestra vida, debemos exponer nuestra situación con pocas palabras, pero con espíritu de humildad y sumisión, y para saber qué camino tomar.

Esto es no tener otra preocupación que llevar bien la cruz y usarla para gloria de Dios; pero todas las cosas que podamos añadir para desahogarnos no dan mucho fruto. Si en vuestras penas y angustias necesitáis abrir de este modo la puerta a la naturaleza, es mejor hacerlo con vuestras superiores o con vuestro confesor que con los demás. Pero siempre es señal de virtud débil y generosidad mediocre. Es la prueba de que no tenemos costumbre de ofrecer a Dios lo que sufrimos, ni de hacer de ello un tesoro para unirlo a Jesucristo crucificado.

Permitidme que añada una cosa más. Cuando algo os moleste, en vez de hablarlo enseguida, esperad unas horas, un día, dos días, hasta que se haya calmado el sentimiento, y entonces id y pedid el consejo que necesitéis.